

FERNANDO GARCÍA-CANO,
Filosofía, cultura y sociedad. Ensayos de razón integradora

Instituto de Estudios Manchegos (CSIC), Ciudad Real 2017, 254 pp.
ISBN: 978-84-87248-50-4

El libro ha sido el producto de años de trabajo, estudio y testimonio de su autor, Fernando García-Cano Lizcano. Y digo testimonio porque a través de los escritos de los que el lector puede disfrutar a lo largo de este trabajo verá en ellos no solo la búsqueda de la verdad que a un filósofo de raza le brota como vocación más originaria, sino que en ellos está también la convicción de hacerse presente en los espacios públicos donde proponer de manera incansable un debate que, aunque muchos se empeñen, sigue totalmente abierto.

Desde sus primeros años de estudios filosóficos en Roma, pasando por su tesis doctoral defendida en la Universidad de Navarra, hasta sus investigaciones más recientes, veo en su trabajo la convicción de que toda cultura lleva impresa una tensión irrenunciable hacia la plenitud, así como la mejor comprensión de que toda filosofía busca la verdad.

En este sentido el trabajo del autor ha consistido en conocer a fondo las propuestas de los movimientos filosóficos del siglo XX, que se han caracterizado por una dispar tendencia a romper con el pensamiento tradicional. Por una parte, continuando con el pensamiento antijurídico del segundo Heidegger y, por otra, renunciando a la racionalidad moderna ya sea con exigencias de deconstrucción o por simple desconfianza en el poder de la razón.

Hay que destacar en este juego las llamadas *filosofías de la diferencia*, cuyos principales representantes han sido Deleuze, Derrida, Lyotard y Vattimo, autor —este último— sobre el que versó su trabajo de licenciatura en Roma. Estos autores consideraron la diferencia en sí misma negando el primado de todo original sobre la copia, de un modelo sobre la imagen. Glorificaron el reino de los simulacros y reflejos. Su lucha se ha dirigido contra todo intento de hacer comparecer presencialmente el sentido completo. Lyotard plantea el problema de la diferencia en un ámbito más práctico, haciendo ver que hay conflictos no reducibles a partir

de una regla. Vattimo, finalmente, ha hecho alarde de un pensamiento sin fundamento, es decir, de un pensamiento débil que, fiel a la diferencia ontológica heideggeriana, desjerarquiza el ser, introduciéndonos en el ámbito de lo anárquico.

¿Qué unidad cabe encontrar entre estos planteamientos? Según entiendo, la pluralidad de formas de negar la identidad. Estos planteamientos responderían a un fracaso real de la razón por alcanzar una lógica que responda, de manera global, a las preguntas fundamentales que el hombre se hace. El que no alcancemos una lógica de lógicas quiere decir que cada una es, en el fondo, finita, más aún ilógica. Este sustrato irracional sugiere el rechazo de toda actividad teórica en pro de lo pragmático, el diálogo y la hermenéutica.

Tenemos, pues, por una parte, una carencia de lógica y, por otra, una carencia de sujeto lógico.

Así las cosas, cabe preguntarse si quienes vivimos atentos a la marcha de la historia hemos de comenzar a pensar al margen de toda razón, o si, por otra parte, aún deberíamos intentar recrearla de nuevo. Quizá lleve razón el teólogo que ya advirtió que, dos siglos después de Kant, seguimos en aquella inmadurez que denunciara el gran filósofo en “¿Qué es la ilustración?”, la inmadurez de los analfabetos felices desinteresados por el sujeto, empobrecidos en el lenguaje, sin memoria, en la absoluta falta de sentido político y que han dicho adiós a la historia.

Pues sí, hay gente que vive atenta a la marcha de la historia y ha empeñado un esfuerzo ingente en recrear lo demolido, en reconstruir lo destruido y se presentan ante el mundo para advertir, aclarar e iluminar. El libro que ahora recensiono es una propuesta clara de sentido, de reconstrucción y, por tanto, de esperanza. *Filosofía, cultura y sociedad*, de Fernando García-Cano Lizcano, es el resultado del esfuerzo por volver a repensar la razón. El autor se ha empeñado, desde el principio de su vida intelectual, en mostrar que los formatos de la razón, y por ende de la verdad, son harto más amplios, complejos y fecundos que aquellos a los que se constriñen tanto los excesos de la razón racionante, como las debilidades de la razón posmoderna, relativista y ambigua. Creo que García-Cano no cesa de denunciar que los caminos iniciados por la posmodernidad nos abocan a un callejón sin salida, donde —a pesar de lo anunciado y publicitado por los apóstoles de dicha posmodernidad— lo único que cabe es presenciar la muerte definitiva del hombre, camuflada en una tolerancia que solo sabe vivirse como indiferencia. Más que nunca hacen falta propuestas como las del autor: la auténtica razón requiere fundamentos sólidos, solo desde ahí la razón se convierte en integración

y esa razón se convierte en germen de libertad. Razón y Dios no son incompatibles y en esto el trabajo de García-Cano ha sido inagotable, a pesar de no gozar de las simpatías de muchos espacios filosóficos.

Hay que destacar otra cuestión. Su debate con la posmodernidad ha sido el debate de quien también conoce profundamente la filosofía tradicional, pero quien se sumerja en la lectura de su trabajo encontrará también la búsqueda constante de releer y traducir esa filosofía a esquemas actuales, desde los que hacer una profunda propuesta al hombre de hoy.

La primera parte de esta obra, “Filosofía y análisis de la cultura”, es una radiografía de la filosofía posmoderna de la que podríamos destacar dos cuestiones: centrándose en el ámbito de la razón práctica y política no se puede dar por solucionado el problema de los fundamentos prepolíticos que exigen que nuestra razón sea una razón integradora, no desintegradora ni destructiva. Lo prepolítico hunde sus raíces en la pregunta central que el personalismo no deja de hacerse: ¿quién es la persona? Como muy bien señala don Francisco Jiménez, en el prólogo de este libro, el pensamiento postmetafísico ha olvidado al ser humano en su integridad y lo ha dividido entre aquello que realmente es la persona y lo que acaba significando en la política postmetafísica, y esa escisión ha implicado la desaparición de la persona como instancia reguladora de la convivencia.

La segunda parte se centra en cuestiones de antropología filosófica. Que el hombre es un misterio sería un tópico, si no fuese rigurosamente cierto. A poco que fijemos nuestra mirada en el ser humano, nos damos cuenta de que no podemos abarcar su realidad. Pero esto se torna problemático en una sociedad como la nuestra, donde se ha perdido a la persona. Cuando un filósofo ya no sabe responder qué diferencia a un ser humano de un animal, es obvio que algo va mal. No es extraño entonces que Fernando García-Cano comience preguntándose, en esta segunda parte de su libro, por el futuro del hombre. La dignidad del ser humano no depende de opciones contingentes y, lo que es más importante, la dignidad no puede considerarse solo como un punto de partida, sino que hablar de dignidad humana es hablar también de misión. No es extraño, por tanto, que el autor replantee —a continuación— todos los problemas a los que nos llevan todos los reduccionismos, relativismos y liberalismos que han difuminado la verdad del hombre, en aras de una libertad que no es real y, por tanto, no existe. Nuestra libertad responde a la realidad dada, nuestra libertad es una libertad de respuesta, como se ha encargado de destacar en estos últimos decenios el personalismo filosófico, de ahí que la propuesta de García-Cano pase por un realismo que ni defor-

ma ni evita la realidad, porque sin realidad no hay verdad y sin verdad no hay bien. Y hablar en estos términos no es apostar por un dogmatismo enemigo de la persona; lo cual se evidencia al presentar la pluralidad y el pluralismo como realidades dadas, como exigencias morales —diría yo—; pero la lógica de la pluralidad no exige el salto al relativismo. Este es el centro de la cuestión que lleva a preguntarse por el sentido real del actual laicismo e interculturalismo, de los que tanto se habla

El libro acaba con unos trabajos dedicados a pensadores muy concretos: Karol Wojtyła, Leonardo Polo, Antonio Rodríguez Huéscar y Rafael Pérez Piñero. Los dos primeros son de sobra conocidos. El tercero, filósofo de Ciudad Real, de la misma tierra de nuestro autor, fue discípulo de Ortega y Gasset e integrante de la Escuela de Madrid. Su figura sigue oculta y desconocida dentro de la filosofía. Y finalmente, Rafael Pérez Piñero, autor prolífico, que ha hecho de la relación el centro de toda su producción teológica. A pesar de la cantidad de trabajos publicados por Pérez Piñero, la mayor parte de su producción sigue sin ver la luz, pero estamos convencidos de que su pensamiento tiene mucho que aportar al pensamiento filosófico y a la reflexión personalista, de cara a la fundamentación de una antropología relacional, asentada en el misterio trinitario cristiano, desde el que toda la sexualidad humana queda iluminada y reconducida.

RAMÓN HORCAJADA

JAVIER BARRACA,
Originalidad e identidad personal

Ediciones San Pablo, Madrid 2017, 152 pp.
ISBN: 978-84-28552769

Ya eran conocidas las publicaciones de Javier Barraca, profesor de Filosofía de la Universidad Rey Juan Carlos, sobre *Pensar el Derecho o Vivir la humildad*, entre otras. Pero lo que más se aproxima a la presente son sus contribuciones en congresos personalistas y su ensayo *Vocación y persona*. El propósito de esta nueva obra ensayística es incorporar críticamente algunas de las aportaciones de determinados filósofos en torno a la subjetividad, a la par que introducir sus propias meditaciones en clave de un personalismo ontológico o acaso de una filosofía de la persona que no abdica de su núcleo metafísico. El texto reivindica con acierto la necesidad de reflexionar hoy a este respecto, al tiempo que establece un fecundo diálogo con las contribuciones actuales más relevantes, sin caer por esto en las redes del subjetivismo líquido impulsado por cierta posmodernidad decadente, también conocida como pensamiento débil.

Defiende la dignidad personal, asentada en una base ontológica, frente a las embestidas del escepticismo, el materialismo y el colectivismo o populismo. Por esto, comienza centrándose en la cuestión de la identidad personal, que ha preocupado hondamente a numerosos pensadores contemporáneos, pero a la vez escogiendo al iniciar su particular andadura a un pensador especialmente crítico contra las tentaciones deshumanizadoras, estructuralistas o nihilistas de nuestro tiempo, como es Emmanuel Lévinas. Este pensador constituye siempre una de las fuentes fundamentales de la inspiración de Barraca, junto a López Quintás o Karol Wojtyła, sus filósofos contemporáneos predilectos.

Dota a su esfuerzo reflexivo de un sentido metafísico, no limitándose a los aspectos meramente antropológicos y éticos. Aboga así por una identidad personal cuya fuente postrera se encuentra en lo trascendente, y no vacila en referirla a Dios. Además, esto lo hace desde la consideración de la realidad del Amor, con mayúsculas, un Amor que se presenta como lo Originario y el principio nuclear de toda y de cada persona de una irremplazable y singularísima manera.

Desde este fundamento, sale al paso de las tendencias disgregadoras y disolventes de la subjetividad que frecuentemente se han postulado, y reivindica en especial la singularidad personal frente a las amenazas actuales de manipulación y masificación. Más remotamente se inspira en Kierkegaard, M. Buber, P. Ricoeur, R. Spaemann, etc. El elenco de los autores españoles actuales a los que se acude es considerable: Carlos Díaz, Graciano González, Rafael Gómez Pérez, Juan Manuel Burgos, etc., por recordar solo algunos.

Destaca su empeño por incorporar a su meditación la literatura (los trágicos griegos, Calderón, Cervantes, Unamuno, etc.) o el cine. Le agradezco que recurra a algunas de mis obras y trabajos, que cita en diversas ocasiones como referencias orientadoras. Resalta su insistencia en la “unicidad” personal, de la que parte a la hora de sustentar el necesario desarrollo de la propia originalidad del sujeto desde la fidelidad a sus raíces más hondas. Cierra el volumen un capítulo acerca del desarrollo de la originalidad, en el que conecta con asuntos que son caros a Barraca como la vocación, la creatividad, la dignidad personal o la justicia.

URBANO FERRER SANTOS